

Entrevista a María Pizarro

«Si el profesor quiere innovar en la enseñanza, pero luego ha de atenerse a formas tradicionales de evaluación, la innovación queda como una anécdota para algunas clases»

María Pizarro Prada, doctora en Hispanic Studies por la Universidad de Brown (EE. UU.), especializada en Literatura Hispanoamericana y editora en Iberoamericana-Vervuert, tiene una dilatada experiencia tanto como investigadora en literatura transatlántica como en el mundo editorial.

Es, de hecho, especialista en edición digital, y ha desarrollado una carrera profesional en el mundo de la edición académica. De la misma manera, ha desarrollado su investigación en torno al género policial y ha disfrutado de una beca de investigación posdoctoral en la Universidad de Salamanca. Cuenta, por tanto, con un punto de vista privilegiado que conoce todos los frentes del mundo académico y editorial.

Hablamos con ella sobre el mundo de la literatura digital y la edición en el mundo contemporáneo, así como del espacio para las editoriales especializadas en el mundo académico y el ensayo, ahora que estamos inmersos de pleno en la época digital.

Daniel Escandell: Llevamos ya muchos años escuchando los pronósticos del fin del libro impreso, pero parece no llegar nunca. Aunque los lectores tienen ahora más opciones para leer y conseguir libros, ¿va a desmaterializarse realmente el libro?

María Pizarro: Yo no lo veo plausible en un futuro cercano y me atrevería también a decir que tampoco a medio plazo. El libro físico, amén del fetichismo que lo rodea y las «preferencias» personales de buena parte de la población, de momento no ha encontrado *enemigo* en las soluciones archivísticas de las bibliotecas. Todavía a los bibliotecarios les preocupa la duración de sus archivos digitales y no la de los que están en papel. Preocupa más un apagón o cese de negocio de una plataforma que el incendio de la biblioteca. Tampoco se ha encontrado solución digital plausible al tema del préstamo interbibliotecario, otra de las muchas incógnitas que, de momento, no convencen al editor. El libro digital, además, implica una colectivización de la información personal que también necesita una solución para aquellos que no están dispuestos a regalar o compartir sus decisiones privadas. En el momento en que compras un *ebook*, tus datos pasan a formar parte de una estadística generalmente vendida a terceros para adquirir información. Eso es solo una parte mínima, porque

todos sabemos que puedes formar parte de un multitudinario club de lectura, si quieres, solo subrayando tus partes favoritas del libro o comentando algún párrafo. Hasta ahora, por los estudios e informes que leo, esta *colectivización* de la lectura (y de todo en general) produce cierto atractivo cuando se es joven, pero también rechazo más adelante.

Hasta que no se resuelvan problemas técnicos y económicos, pero también políticos y académicos y de manejo de la privatización en torno al *ebook*, el libro impreso no va a desaparecer.

D. E.: Una editorial académica es naturalmente diferente de una editorial centrada en el mundo literario. ¿Cómo ha influido el crecimiento del sector digital en estos últimos diez años en unas y otras editoriales?

M. P.: Personalmente puedo solo hablar de las académicas. Aunque tengo mis sospechas y lecturas (y conversaciones con compañeros del sector, obviamente), me siento más segura hablando de lo académico. Me consta, eso sí, que es común a todas el sistema ensayo-error. Me explico, todas aquellas que quisimos innovar y empezar pronto con la publicación en digital nos encontramos con muchos cambios en muy pocos años que provocaban adendas y adendas en los contratos previamente firmados, bien por cambio de modelo de venta, bien por adiciones varias como los diversos modelos de suscripción, tanto de bibliotecas como ofertadas a usuarios individuales. A nuevo modelo de venta, nueva adenda. Lo que no se suele comentar en los congresos y jornadas es todo lo que estos cambios acarrearán en la gestión interna: cómo liquidar a los autores sus *royalties* (muchas editoriales ya no pagan por vendido, sino por previsión de ventas y listo, porque liquidar de acuerdo a los diferentes modelos es un auténtico dolor de cabeza); cómo poner precios si luego se van a hacer algoritmos sobre ellos con los diferentes modelos de venta y préstamo; cómo almacenar en el *software* utilizado toda esa información sobre cada libro, etc. Allá por 2012, si digitalizabas, necesitabas hacer el formato .mobi y, si no, no eras nadie. Hoy el formato ePub2 es el que triunfa y con este puedes subir tus libros a lanzaderas que te resuelven la disposición en las diferentes plataformas.

Con todo esto quiero decir que los cambios «que no se ven» son muchos. Los «de cara al público» son los más obvios: tiradas más cortas en favor de mover bien el formato electrónico; contratos más exigentes para atar bien todos los derechos digitales sobre las imágenes que puede contener un libro y el reciclaje de los editores, porque tenemos que prestar atención a los libros al editarlos para contemplar posibles problemas del *ebook* (páginas web citadas, por ejemplo, que si desaparecen en un momento dado, dan error en el ePub, etc.).

D. E.: Más allá del libro literario y del ensayo, ¿cómo está influyendo la esfera digital en el libro de clase? ¿Están produciéndose cambios importantes en los libros para las aulas en la formación reglada?

M. P.: Yo diría que sí, sobre todo en ciertas áreas, como la enseñanza de idiomas, que siempre ha ido un paso por delante del resto de asignaturas en cuanto a la incorporación de la tecnología. Lamentablemente, se invierte mucho en adquisición de nuevos materiales, pero no en reciclaje e incentiación del profesorado. Si el profesor quiere innovar en la enseñanza, pero luego ha de atenerse a formas tradicionales de evaluación, la innovación queda como una anécdota para algunas clases. Creo que en este caso van por delante las editoriales, que atraen cada vez más a profesores jóvenes con ganas de innovar, pero el sistema educativo no les sigue el paso.

D. E.: Con herramientas cada vez más avanzadas para la autopublicación y autodistribución digitales, ¿qué papel están jugando, y van a jugar, las editoriales para los escritores?

M. P.: Esta pregunta me la hago yo muchas veces también. Finalmente, llego siempre a la conclusión de que una editorial garantiza una calidad, haber pasado ciertos filtros. Lo veo muy claro en lo académico y lo veo bastante claro con ciertas editoriales de líneas muy claras, que, desde luego, garantizan, al menos, que lo que vas a comprarles es interesante. Las editoriales son, además (o deberían ser), una garantía de que tu texto llegue al público adecuado; la autopublicación exige por parte del autor un esfuerzo en cuanto a la promoción de su libro en los círculos adecuados.

D. E.: ¿Crees que el gran público está interesado en las formas literarias digitales? ¿Cuáles son los géneros que pueden resultar más interesantes en los próximos años?

M. P.: La verdad, yo no veo mucho interés de forma generalizada. De momento, tienen un público especializado, pero no parece salir de ahí. Hay un trasvase al mundo del libro, que sí llega al público general, y que también demanda el público que está en internet. Pero las formas digitales son todavía un nicho que interesa a un público que no es el mayoritario y convencional.

D. E.: En el sector del libro digital solemos encontrarnos con una traslación directa del formato impreso, como en el caso de los lectores electrónicos. ¿Qué ventajas podría darnos a los lectores un libro académico o ensayístico orientado a explotar la digitalidad de las tabletas o móviles?

M. P.: Creo que la utilidad del *ebook* en cuanto libro de texto, sea en formato ePub2, 3 o *app*, está casi fuera de la cuestión en este asunto. Solo hay que ver los libros para primaria y secundaria que exploran hasta el último de los rincones de una tableta que hacen hoy día las editoriales especializadas. La utilidad de la digitalidad en el *ebook* de ensayo o académico me cuesta más pensarla, al margen de los hipervínculos que abaratarían mucho el coste de ciertos libros (por ejemplo, un libro de arte que remita a la obra por medio de la hipervinculación u otro recurso a la obra en cuestión en tal museo). Este ejemplo, mencionado anteriormente, vale para mapas desplegable, reproducciones de poemas, etc. Sin embargo, no sé hasta qué punto, y quizá, es un debate que mantengo conmigo misma, tanta externalización de los recursos derive en una pérdida de la concentración del lector al que se dirigen estos libros. Quizá, lo que ocurre es que es complicado para editores de cierta edad (entre los que me señalo) pensar el ensayo académico de una manera diferente a como lo hemos usado. Quizá, las generaciones posteriores no pierdan, sino ganen concentración mediante la multi-ventana y la interactividad en la que han nacido.

D. E.: Hoy en día hay quienes pronostican la debacle de la calidad de la escritura y quienes defienden lo contrario. Estamos viviendo una época con cambios muy rápidos, pero ¿cuál es el futuro del formato escrito desde el punto de vista de una editora?

M. P.: En el mundo académico que represento, no veo por qué la digitalización o lo digital deban resultar en un detrimento de la calidad de la escritura. Si acaso, esta debería volverse más rica para poder representar, atar, enlazar y entremezclarse con lo visual y, en última instancia, con lo digital. Si la pregunta, por el contrario, va orientada a cómo escriben los jóvenes hoy día en las redes sociales, yo diría que no es que lo digital lo empeore, sino que obviamente tenemos más acceso a comprobar lo mal que se escribe y la cantidad de faltas de ortografía que se cometen. Antes se cometían las mismas, pero en notas particulares pasadas por debajo de la mesa. Lamentablemente, el problema está, como siempre, en el ejemplo. Si los programas (¡y noticieros!) de televisión subtítulan con faltas bien graves de ortografía, si los políticos emiten comunicados plagados de errores, si hay erratas y agramaticalidades en las noticias del periódico impreso ¿qué estamos pidiendo a los más jóvenes?

D. E.: En el mundo académico hay una presión internacional por la publicación en las listas indexadas. Esto es siempre polémico, por muchas razones, pero ¿en qué posición están ahora las editoriales académicas? En la tradición de las Humanidades y también en Ciencias Sociales los libros han sido siempre más importantes y relevantes para construir pensamiento y desarrollar el conocimiento. ¿Peligra esta tradición?

M. P.: Las editoriales académicas, al menos en España, estamos en el proceso de participar de estas indexaciones mediante el Scholar Publishing Indicator (SPI), que dirige Elea Giménez desde el CSIC. Nos evalúan en función de, más o menos, los mismos parámetros que a las revistas y ese posicionamiento, que responde a un extremo rigor científico y exigencias varias. Como en todo, hay contradicciones (al igual que en esas listas que mencionas) que quedan por resolver y que creo que ya apunté en la primera pregunta. Necesariamente tiene que acompañar el sistema de evaluación de profesores y alumnos al que se exige a sus lugares de publicación: no puede exigírseles publicar libro en papel y artículos en prestigiosas revistas que no necesariamente existen en Open Access,

pero al mismo tiempo valorar el impacto de sus citas, porque esto deriva, todos lo sabemos, en que artículos y libros acaben en Academia.edu, Scribd y derivadas.

El papel de las editoriales en el mundo de las Humanidades y las Ciencias Sociales debería mantenerse en su propósito de garantizar la publicación de monografías, principalmente, pero también de obras colectivas que destaquen por su rigor científico, aportación novedosa al campo de estudio y, por qué no, por el establecimiento de ciertas corrientes de estudio que refresquen o ensanchen las miras en el campo cultural.